

herejía que el jefe de la Iglesia por la verdadera fe» (1). La voz del pueblo era la verdadera voz de la Iglesia. ¿Qué hubiera dicho Pío V, el papa canonizado, si hubiese visto á uno de sus sucesores hacer pactos con los herejes contra el defensor del catolicismo? Los Papas de la reaccion creian volver el mundo cristiano á la Edad Media, y el mundo se les marchaba de las manos y se hacía político. ¡Y este irresistible movimiento arrastraba á la misma córte de Roma!

El Pontificado obedecía, sin saberlo, á una tendencia general. Era aquella una época de disolucion y de renovacion. Las ideas religiosas y políticas que reinaban en la Edad Media dejaban el campo á las ideas nuevas; las creencias mismas se trasformaban. Lo que caracteriza esencialmente la cristiandad de la Edad Media es la unidad. La unidad era una manifestacion de las creencias religiosas. Puesto que esta unidad se rompe, esto es señal de que las creencias se han modificado. El catolicismo tradicional es vencido; en vano protesta; su misma protesta acusa su decadencia, porque resuena en el desierto. El que el catolicismo quede vencido no quiere decir que el protestantismo quede vencedor. El partido protestante, lo mismo que el partido católico, se descompone; la ortodoxia luterana sucumbe en Osnabrück al mismo tiempo que la Iglesia católica; el luteranismo se ve obligado á sufrir á los calvinistas, lo mismo que Roma tiene que sufrir la Reforma. Una nueva religion se prepara.

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 559, 560; t. IV, 2, p. 182.

CAPITULO III.

LOS JESUITAS.

§ I.—Mision de los Jesuitas.

No hay en el catolicismo una institucion que haya suscitado un odio tan ardiente como la Compañía de Jesus; tampoco la hay que haya inspirado un amor más ilimitado. Miétras el nombre de Loyola y de sus discípulos ha llegado á ser una injuria para los unos, los otros ven en ellos las columnas de la Iglesia. Atacada con furor en un siglo anti-cristiano, abolida por el jefe de la cristiandad, la órden se ha restablecido en los momentos mismos en que se inaugura la reaccion del catolicismo contra el espíritu revolucionario. Es decir, que el destino de los jesuitas se confunde con el de la religion católica. Son por su esencia un instrumento de la Iglesia contra todas las tendencias hostiles al catolicismo. Colocándose en este punto de vista, la Historia puede hacerles justicia. Los vicios que se les censuran se explican por el papel mismo que tienen que desempeñar; lo que es un defecto á los ojos de un libre pensador, es casi una virtud para el hombre del pasado. Ahora bien, los jesuitas son los hombres del pasado; tratan de conciliar una religion inmutable, nacida hace dos mil años, con una sociedad cuyos instintos, cuyos gustos y cuyas necesidades están en oposicion con la doctrina religiosa que se le quiere imponer. De aquí mil contradicciones que se deben á la fuerza de las cosas y que sería injusto imputar á los hombres. Para apreciar á los jesuitas, es menester, pues, ver ante todo cuál

era su mision; ella nos revelará á la vez las causas de su grandeza y de su inevitable debilidad.

Uno de los grandes escritores de nuestros tiempos dice que la historia de los jesuitas es la historia de la reaccion católica. *Macaulay* añade que la sociedad de Loyola ha salvado al catolicismo: «Durante una generacion, la marcha del protestantismo habia sido ascendente, irresistible; los jesuitas la detienen y la rechazan desde el pié de los Alpes hasta las orillas del Báltico» (1). No es esta una de esas teorías que se forjan à *posteriori* bajo el influjo de los hechos consumados. Escuchemos á uno de los mejores biógrafos de Loyola (2): «Dios no hace nada al acaso; todo cuanto sucede tiene un fin providencial; los cabellos de nuestra cabeza están contados, y no cae una hoja de un árbol sin la voluntad del Señor; con mayor razon, la fundacion de las órdenes religiosas tiene una razon divina. Si la Sociedad de Jesus ha sido fundada en el siglo XVI, es porque Dios lo ha querido así á fin de socorrer á su Iglesia amenazada. Lutero, esa peste del género humano, atacó en 1517 las indulgencias, y en 1522 empezó su guerra impía contra la Iglesia romana. En el mismo año, Ignacio fué herido, para ser curado de la vanidad del siglo; de esclavo del mundo, se convirtió en defensor de la Iglesia contra el furor de Lutero. Tal es el camino de Dios, tales son los designios de la Providencia.» El papel que *Rivadeneira* asigna á su orden es exactamente el que ha desempeñado en la lucha del protestantismo y del catolicismo. Era esta una obra gigantesca, y la Historia debe decir que los jesuitas la han realizado en los términos de lo posible. La Iglesia reconocida ha colocado al fundador de la Compañía en el número de los santos, y siempre que celebra su aniversario, hace constar el inmenso servicio que ha prestado á la religion: «La opinión de la cristiandad, dice, confirmada por el soberano Pontífice, es que Dios ha llamado á Loyola y á su sociedad á combatir á Lutero y su herejía» (3).

Sin embargo, por una extraña preocupacion, un eminente his-

- (1) MACAULAY, *Essays*, t. IV, p. 47.—*History of England*, t. II, p. 188.
 (2) RIBADENEIRA, *Vita Loyolæ*, c. XI. (*Acta Sanctorum*, Jul. t. VII, p. 689).
 (3) RAYNALDI *Annales ad a.*, 1539, núm. 38.

toriador niega este mérito á los discípulos de San Ignacio: «Examinad la Historia, dice *M. Guizot*; han fracasado en todas partes; á todas partes en donde han intervenido con alguna importancia, han llevado la desgracia á la causa á que se han unido. En Inglaterra han perdido á los reyes; en España, á los pueblos. La marcha general de los acontecimientos, el desenvolvimiento de la sociedad moderna, la libertad del espíritu humano, todas las fuerzas contra las que estaban llamados á luchar los jesuitas, se han dirigido contra ellos y los han vencido.» No era esta la opinion de los contemporáneos. Pío IV escribió á Felipe II: «que el Señor habia excitado á la Compañía en aquellos tiempos calamitosos para defender á la Iglesia contra los ministros de Satanás, con un valor igual á la violencia del ataque» (1). Medio siglo más tarde, el Papa hubiera podido añadir que la sociedad habia vencido al enemigo en toda la línea. Lo que ha engañado al escritor frances es que los jesuitas son á un tiempo mismo vencidos y vencedores. Su victoria no podia ser completa, porque el combate que empeñaron era una lucha contra los progresos de la razon. En este sentido es verdad que han fracasado. No hay poder humano que pueda poner columnas de Hércules á la humanidad, porque es de su esencia marchar y avanzar incesantemente.

Si es cierto, como hemos dicho, que la Reforma es una revolucion, un primer paso fuera del cristianismo tradicional, es cierto tambien que la reaccion católica y el jesuitismo que le es inseparable son una contra-revolucion. Los papas decian que no habia más medio de convertir á los herejes que la violencia. Organos fieles del Pontificado, los jesuitas no retrocedieron jamas ante el empleo de la fuerza. Loyola simbolizó la mision de sus discípulos cuando se hizo el caballero de Jesucristo (2). El nombre que dió á su orden indica que habia sido instituida para el combate: la llamó *Sociedad ó Compañía*, nombre tomado de la organizacion militar, para indicar que era la milicia de Jesucristo (3). No hay nada, áun en los *ejercicios espirituales* de los jesuitas, que no res-

- (1) RAYNALDI *Annales*, ad a. 1561, núm. 66.
 (2) *Acta antiquissima* (en las *Acta Sanctorum*, Jul. VII, 636), § 17.
 (3) ORLANDINUS, *Historia Societatis Jesu*, II, 62.

pire su ardor guerrero: el reino de Jesucristo está representado en ellos bajo la imagen de un ejército. La guerra entre la orden nueva y los herejes es una guerra á muerte (1): dura siempre y no cesará más que cuando el catolicismo haya reconquistado el terreno que ha perdido. Tal es al ménos la ambicion de los jesuitas: ilimitada, como la del catolicismo, abraza el mundo entero.

Sin embargo, sería dar una falsa idea de la obra de Loyola el tomar al pié de la letra su velada de las armas y la milicia que fundó. Los jesuitas eran, es verdad, hombres de violencia, como todos los reaccionarios, pero no es en los campos de batalla donde deben ejercitar su ardor militante. Hayan dicho lo que quieran los papas, la fuerza por sí sola era impotente para hacer volver á los herejes al seno de la Iglesia. Era preciso volver á conquistar los espíritus; la lucha á que Loyola llamó á sus discípulos era, pues, ante todo, un combate espiritual. En cierto sentido esto era también una obra de violencia, porque se trataba de compeler á los hombres á recibir una fe que la conciencia humana habia abandonado. Se censuran á los jesuitas sus tendencias ultramontanas; no se ve que el ultramontanismo era una condicion de su existencia. Los reformadores habian combatido con una especie de furor al Pontificado y á las prácticas de la Iglesia romana, nacidas, segun ellos, durante las tinieblas de la Edad Media. Como toda contra revolucion, la reaccion, dirigida por los jesuitas, se vió obligada á volver á las creencias que los protestantes despreciaban. Su doctrina fué, pues, necesariamente el ultramontanismo más absoluto: sostuvieron la divinidad del Pontificado, su infalibilidad, su superioridad sobre los concilios; reprobaron toda clase de libertades particulares á las iglesias nacionales. Por la misma razon, los jesuitas debian restaurar todo el catolicismo tradicional, sin exceptuar su elemento supersticioso; deberíamos decir que lo que los jesuitas se empeñaron en ensalzar sobre todo fué la supersticion. Esto no se debia solamente á la necesidad de su posicion, que les condenaba á exaltar sistemáticamente todo lo que

(1) ORLANDINUS, *Historia Societatis Jesu*, VI, 59: « *Omnino sibi persuadeant, cum refractariis hominibus et catholici nominis inimicis sempiternum bellum sibi esse susceptum.* »

rechazaban los protestantes; hay una razon más profunda de la predileccion de los jesuitas por las devociones católicas. Necesitaban una palanca para remover las almas; y ¿qué instrumento hay más poderoso que la inclinacion del hombre á la credulidad? Hemos visto en nuestros dias á una sociedad religiosa fundarse en bases tan absurdas que parecen un reto lanzado al buen sentido y al sentido moral; no queremos comparar á los jesuitas con los Mormones; sin embargo, preciso es decirlo, el procedimiento en el fondo es el mismo, puesto que, lo mismo los jesuitas que los Mormones, se dirigen á la tendencia supersticiosa que existe en el espíritu humano, y los hechos prueban que al contar con lo más ciego de los malos instintos del hombre, han calculado perfectamente. Pero, ¿cómo imponer las prácticas del catolicismo á una generacion que se habia separado de la Iglesia precisamente por odio á las obras externas? Los jesuitas se apoderaron de los niños y modelaron tan bien su inteligencia, que el hombre que salia de sus manos era un hombre mutilado: vive en un medio ficticio, en tinieblas intelectuales; la luz no brilla ya á sus ojos; es para siempre un esclavo obediente.

La educacion, unida á las pequeñas devociones del catolicismo, fué el gran instrumento de la reaccion jesuítica. Sin embargo, sería injuriar á los discípulos de Loyola decir que fueron en todo los hombres de una estrecha gazmoñería. Habria que desesperar de la humanidad, si fuese cierto que los jesuitas han llegado á atraer pueblos enteros á los altares que habian abandonado, sin más armas que la violencia brutal de la guerra, ó lo que es peor aún, la supersticion que mata el espíritu. No, es preciso que haya lo mismo en las contrarrevoluciones que en las revoluciones, un elemento de progreso. Esto á primera vista parece contradictorio, pero sin embargo, está en la naturaleza de las cosas. Los jesuitas, que parecen ser una prueba viva contra el dogma del desenvolvimiento progresivo de la humanidad, son en realidad una prueba viva de esta ley que rige al mundo y que arrastra aún á aquellos mismos que se le oponen. Instituidos para restaurar la religion del pasado, hubieran fracasado si no hubieran tenido á su favor más que la fuerza y la supersticion; porque la humanidad no puede vivir más que avanzando, y para avanzar necesita un principio de

vida, de perfeccionamiento. Los jesuitas, por más que estuviesen llamados á reobrar contra una revolucion, han sido tambien innovadores. Hemos dicho en otro lugar que el protestantismo exageró la gracia para reanimar el sentimiento religioso, pero que exaltando el poder de Dios, anuló al hombre (1). Por reaccion contra el protestantismo, los jesuitas exaltaron la libertad. En esto estaban en lo cierto: continuaban el movimiento antiagustiniano en el que habian trabajado los grandes pensadores de la Edad Media sin tener conciencia de ello, y su doctrina triunfó sobre los partidarios severos del doctor de la gracia. Esto era inaugurar un nuevo catolicismo, es decir, realizar la idea de una religion progresiva en el seno de una Iglesia inmutable. No hay, seguramente, una prueba más convincente de la inevitable necesidad del progreso. Más adelante apreciaremos las doctrinas religiosas de los jesuitas; por ahora debemos seguirles en su lucha contra el protestantismo.

§ II. La reaccion. La violencia.

N.º 1.—Alemania. Los jesuitas reformadores.

El adversario más encarnizado de la sociedad de Loyola, dice que despues de Dios, la salvacion de la religion católica en Alemania se debe á los padres de la Compañía (2). *Scioppius* es un apóstata protestante; su testimonio no es, pues, sospechoso. El mismo se vanagloriaba de haber encendido la guerra de los treinta años; pero esta gloria ó esta infamia corresponde al catolicismo, y los jesuitas ántes que nadie pueden reivindicar este honor, si hay honor en ello. Gustavo Adolfo les echó en cara públicamente el ser los autores de los males de la Alemania; les dijo que tendrían que dar cuenta ante el tribunal de Dios de la sangre que habian hecho derramar (3). El héroe sueco y el publicista aleman

(1) Véase el t. VIII de mis *Estudios*.

(2) *SCIOPPIUS, Not. ad Poggianum*, t. IV, p. 425.

(3) *GRIMOARD, Historia de las conquistas de Gustavo Adolfo*, III, 17.

tienen razon. Sí, los jesuitas han salvado el catolicismo en Alemania, pero es á costa de la guerra más desastrosa. La reaccion católica y la guerra de treinta años que fué su fruto, son en gran parte la obra de su celo y de sus intrigas.

Cuando los jesuitas fueron á Alemania, el imperio gozaba de la paz de Augsburgo. No era, ciertamente, más que una tregua, pero la tregua hubiera podido llegar á ser una paz definitiva, si las pasiones religiosas no hubiesen sido alimentadas, si los odios nacidos de la separacion no hubiesen sido excitados ingesantemente. ¿Quién fomentó las pasiones y los odios? El Pontificado y su milicia, los jesuitas. Los católicos no habian consentido de buena fe el convenio de Augsburgo; los mismos que lo firmaron se proponian romperlo; la córte de Roma se negó á reconocerlo. Fieles instrumentos de la Santa Sede, los jesuitas trataron de anularlo en cuanto tuvieron un pié en Alemania. Sostuvieron que el tratado no era obligatorio: ¿tenian los príncipes católicos el derecho de transigir con la herejía, de colocar á la concubina al lado de la esposa legítima? La paz de Augsburgo no era más que un acto de circunstancias por el cual se toleraba provisionalmente á los protestantes. Tal era el texto habitual de las predicaciones jesuíticas (1). Los jesuitas no reconocian tampoco fuerza obligatoria á las cartas imperiales, por las cuales los jefes del imperio habian garantido la libertad religiosa á las poblaciones de la Bohemia y del Austria; eran nulas, decian, porque no las habia aprobado el papa; y los juramentos de los príncipes no les obligaban, porque no hay que cumplir la palabra dada á los herejes (2). Es muy cierto que las *Cartas de Majestad*, confirmadas por los juramentos de inauguracion, eran leyes fundamentales tan sagradas como nuestras constituciones; pero ¿que es para la Iglesia el pacto más sagrado, cuando se trata del interes de Dios, es decir de la dominacion clerical?

Atacar el tratado de Augsburgo y las cartas imperiales, era declarar la guerra á los protestantes, puesto que la paz entre las

(1) *GIESELER, Kirchengeschichte*, t. III, P. 1.ª, § 12, notas 12 y 24. — *RANKE, Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 398.

(2) *KHEVENHILLER, Annales*, t. IX, p. 120 y 37.